

EL FESTIVAL FOLKLORICO DE LA MEJORANA

Por *MANUEL F. ZARATE.*

Preocupada la Revista de la Lotería Nacional por lo más señero y esencial de lo que a la nacionalidad y a la patria concierne, ha querido recoger en sus páginas un eco claro sobre el suceso ya tradicional que viene celebrándose anualmente en la población de Guararé, con el nombre de Festival de la Mejorana. Y es a solicitud honrosa de su Director que correspondemos al redactar las notas que siguen, dedicadas más que todo al lector extranjero, poco familiarizado con nuestras costumbres; y complacidos, por el hecho de dejar constancia, en una publicación tan circunspecta, del esfuerzo que con el concurso de muchos compatriotas, venimos realizando en pro del cultivo de la tradición popular parameña.

Se ha dicho y se repite a diario que cuando los grupos humanos que constituyen una nación pierden sus tradiciones y sus bellas costumbres populares, y sobre todo cuando las sustituyen por otras de tipo exótico y reñidas con el temperamento y modalidad individual, el grupo, y con él parte de la Nación misma, se hallan en peligro de descastamiento, en riesgo de entrega espiritual, que es la peor de las entregas. La tradición popular, que incluye el folklore, es una herencia, un patrimonio tan enraizado en la vida misma de la nacionalidad, que renunciar a ellos significa renegar casi de la vida como pueblo auténtico y definido. Por supuesto, los pueblos progresan normalmente, evolucionan, entran en el orden y en el torbellino de la civilización y por lo tanto se hacen receptores de las más variadas ideas, influencias y contagios de modalidades extranjeras y cosmopolitas. En el fondo de toda psicología subsiste el morbo de lo novedoso, de lo extravagante. De otra parte, los agentes de la educación: escuela, prensa, radio, Universidad, iglesia, tienen entre sus propósitos la erradicación de los resabios o aberraciones tribales que en los pueblos ignaros son verdaderas rémoras para el progreso. Y ocurre con frecuencia que se confunde lo bueno con lo perjudicial y se eliminan juntos, con propósito y hasta con buena fe. De aquí que todo conspire contra la bella tradición popular. De manera particular, se hallan amenazadas las formas de divertirse colectivamente, como son las danzas, cantares y música. Tan visible y dañino es el peligro, que las cla-

ses cultas y el Estado, en los países más avanzados, auspician y fomentan festividades periódicas típicamente populares, en las cuales, auténticos o aficionados cultivadores de los géneros folklóricos, se entregan durante unos días a la exhibición y al goce de tales reacciones. Con esas celebraciones se rinde homenaje a las viejas costumbres delicadas, se mantiene vivo el culto de ellas, se solaza el alma con la vuelta al pasado y se abreva en aquellas fuentes el vigor y la autenticidad necesarios para seguir haciendo frente al exotismo cotidiano que nos asedia en el farrago de la actual civilización.

Pero es el caso, penoso por cierto, que entre nosotros poco se ha meditado sobre esta clase de contingencias. Y en un país tan expuesto a las corrientes descastizantes, y dueño, sin embargo, de una rica tradición, muy poco se hace por conservar y cultivar ese legado. Decimos que se hace poco, lo cual no niega que se hace algo. Y dentro de ese pequeño algo figura, como lo más importante, el Festival de la Mejorana, de Guararé.

Sabido es que los pueblos o agrupaciones semi-urbanas o rurales de la República celebran las festividades de sus santos Patronos. El esquema de esas celebraciones fue siempre el mismo: una fase religiosa, que incluía el novenario, la víspera con Salve y procesiones y la misa solemne el día del Santo. Seguía luego una parte profana, en la que se destacaban los bailes y las corridas de toros. El cuadro de la fiesta en los pueblos de la región central que se conoce con el nombre histórico de Azuero tuvo siempre algo muy particular y atractivo, que era la mejorana, la cual consiste en ejecuciones instrumentales sobre la pequeña guitarra rústica que lleva el mismo nombre, los bailes zapateados y los cantos en competencia que con ella se acompañan. Además, figuraban en estos pueblos de manera prominente los bailes con orquestas nativas compuestas de acordeón o de violín (primitivamente el rabel de factura campesina), el tambor, la guáchara o güiro y el triángulo metálico. Abundaban también los bailes de tambor y cantos coreados o tamboritos. Guararé, en la provincia de Los Santos, era sitio de los más conspicuos en tales celebraciones. El hecho, ya hoy caduco, de que tenía un puerto con gran movimiento de cabotaje, y que lo visitaban veleros que iban de otras partes de la costa del Pacífico, llevando numerosos viajeros, hacía que su fiesta patronal de Las Mercedes, en la última semana de Septiembre, fuese de lo más concurrida y vistosa. Pero en la década del 20 al 30 se construyeron y llegaron allí las carreteras. Toda la región sintió y resintió el trauma de las nuevas y más densas formas del transporte. Los veleros y moto-veleros fueron sustituidos por el automóvil. Con éste llegaron muchos otros artefactos; llegaron también gentes nuevas, ideas

nuevas, formas diferentes de divertirse y de trabajar, en fin, rasgos y costumbres que iban a trastornar el plácido discurrir de la vida tradicional de la región. Y ocurrió entonces que el pueblo sencillo, que sólo sabía divertirse con sus mejoranas y sus instrumentos tradicionales, fue deslumbrado por las ortofónicas amplificadas, por los discos henchidos de ritmos extranjeros, y en las festividades periódicas, por las orquestas "de viento", llevadas de la Capital. Y cesó entonces de oirse los tambores, las mejoranas y los rabeles, que huyeron de las plazas y las enramadas. Amedrentados y ruborosos huyeron también las "salomas" y los "arrucaos", los bailes zapateados y los "pindines", y con ellos se ausentaron las vestimentas y las prendas que eran necesario atuendo para tales diversiones. De esta suerte, la cornucopia de la civilización, al vaciar su heteróclita "cultura" en los predios de la sencilla vida campesina, ahogó las formas prístinas e ingenuas, bellas y tradicionales de recreación que le eran características. Y lo peor fue que aquella especie de catástrofe se operaba sin que de ella tuviese nadie clara percepción y menos todavía consciencia del peligro que ella entrañaba. No puedo aquí omitir mis recuerdos personales al respecto. Era yo estudiante en Europa por ese tiempo, y nostálgico siempre del rincón lugareño en que nació, escribía a mis paisanos y les inquiría por las cosas del lugar, especialmente sobre las diversiones campesinas que me habían sido muy caras y que allá lejos



Una de las numerosas carretas durante el desfile típico.

rememoraba. Cuando me escribían e informaban que ya esas cosas eran recuerdos de días pasados, que todo cambiaba a gran prisa y que el pueblo prefería lo novedoso y exótico, me dolía aquello, y ya desde entonces me prometía hacer algún día lo que veía a menudo hacerse en Europa: instaurar los festivales del recuerdo, los certámenes tradicionales organizados, erigir el culto del pasado como anclaje salvador de la fisonomía nacional. Así fue como, a mi regreso, inicié un largo aunque modesto programa de actividades para revivir y exaltar las formas tradicionales de nuestras recreaciones populares. Y asistiendo a las festividades patronales de mi pueblo, ya descoloridas y sofisticadas, y añorando con viejos amigos las antiguas usanzas, dispusimos un día, allá por el año 49, revivir las fiestas a la moda tradicional. Considerando, sin embargo, que para superar la ola de exotismo vigente había que apelar a medios efectivos, dispusimos organizar las fiestas en forma de verdaderos festivales. Habría que rodearlo de un vasto y variado programa, con los elementos tradicionales propios de la región, aún cuando ellos no fueran usuales en la fiesta patronal. En otras palabras, decidimos reunir en una sola festividad los elementos propios del Carnaval, del San Juan, del Corpus, de la fiesta patronal, y aún agregar algún elemento decorativo juiciosamente ubicado en el ambiente y con la esencia regional. Era conveniente imprimir al espectáculo, a más del sentido recreativo, un fuerte matiz cultural, a fin de que él trascendiese al plano de las ideas de región, de patria, de nación. Sería preciso atraer a él la escuela, la intelectualidad del país, la Universidad misma. Pero habría que utilizarlo para despertar en el campesino una conciencia y una convicción sobre la belleza universal de su música y de sus cantos, de sus danzas y vestidos, de sus sanas y viejas costumbres. Para ello se haría una sabia propaganda a fin de atraer al elemento culto, al turista y aún al extranjero, los cuales, debidamente guiados e ilustrados, de seguro sabrían apreciar el suceso y expresar su admiración por él y por el creador y ejecutante vernáculo. Así despertaríamos en el hombre del campo el orgullo de ser campesino, el goce de su valer, la conciencia de su rico patrimonio espiritual. Debo decir que mis primeros entusiasmos parecieron a muchos poco menos que un sueño. Los razonamientos iniciales, expuestos a las gentes sencillas de mi pueblo, fueron recibidos con no disimulado escepticismo. Recuerdo que para discutir en público la primera vez, mis proposiciones, me llevé de la Capital tres cultos amigos que deberían cooperar con sus voces sinceras a sembrar el entusiasmo entre los guarareños. Fueron ellos don Bonifacio Pereira, el Dr. Baltasar Isaza (profesores) y el animoso y gentil amigo don Juan Ehrman. Y así se lanzó la idea del Festival de la Mejorana, que desde un principio tuvo los más felices



“Grandiablos”. Danzadores de Guararé.

augurios. Vino después la tarea laboriosa de la realización y las dificultades consiguientes. Se presentó la cuestión candente: dinero. Y otras muchas. Pero todo fue resuelto y vencido. La prensa y la radio en todo el país captaron desde el primer instante la altura y el significado del festival y le dieron una publicidad que yo no esperaba. El Departamento oficial del Turismo dió un auxilio. El de Bellas Artes cooperó con el material impreso. El comercio regional se mostró generoso. Los pueblos de la región de Azuero vibraron de entusiasmo y ofrecieron la cooperación de los ejecutantes y visitantes. Todo nos fue propicio, y el primer festival, celebrado en Septiembre de 1949, se verificó con un éxito que superó nuestros cálculos. Desde entonces, año tras año, con mayores o menores peripecias, a veces en condiciones angustiosas, hemos logrado dar remate feliz a los festivales. Años hubo en que el Estado rehusó dar su auxilio, en que el Comercio se sintió molesto por la solicitud de contribución, en que las otras colectas se redujeron y entonces el peculio privado y estrecho de los organizadores tuvo que enjugar serios déficit; pero el festival se hizo siempre, sin que los espectadores se diesen cata de los sabores que servían de subsuelo.

A fines del año 1955 un Diputado de la Asamblea Nacional, don Arcelio Pérez, guarareño por cierto, presentó un proyecto de ley que luego se convirtió en la Ley 91 de 1955, por la cual se declara que el Fes-

tival de la Mejorana es una festividad nacional de la tradición panameña y se le asigna un auxilio anual de mil balboas. Ahora esa partida figura en los presupuestos del Estado y se asegura así una base para las realizaciones del festival guarareño. Debe explicarse que el presupuesto para esta celebración, que comprende unos cinco días, y a pesar de que se limita solo a delegaciones provenientes de la región circunvecina de Azuero, monta a la suma de unos tres mil balboas. Desde el comienzo nos dimos cuenta los organizadores, que los campesinos participantes en el certamen no son gentes de recursos que les permitan movilizarse y permanecer varios días en Guararé. Pensamos también que el éxito de la fiesta dependería de la seguridad que pudiéramos dar a los concursantes sobre alojamiento, mantención y atenciones personales, muestras de simpatía y oportunidades para que disfrutasen de recreo holgado y franca hospitalidad. Por eso se dispuso que el Festival debía correr generosamente con todos los gastos personales de los participantes desde salir hasta volver a sus hogares. Se dispuso también, hasta donde sea posible, contribuir en parte para los gastos de indumentaria y preparación en el caso de grupos como los de las danzas y otros similares. Habría que atender también a los gastos de un remado para el Festival, la construcción de estrados para las exhibiciones, la decoración de carretas para el desfile, adornos de calles y plazas, atención de algunos invitados especiales, elaboración de pergaminos para premiar concursantes, misiones personales a los pueblos de la región, propaganda y muchos otros detalles. Como se ve, solo mediante una buena organización y una juiciosa administración de los fondos hemos podido salir airoso dentro de las limitaciones impuestas.

El nombre de Festival de la Mejorana no dice todo lo que contiene y todo lo que pretende el certamen de Guararé. La Mejorana es, ciertamente, el aspecto más saliente del Festival. Los grupos de cantadores de las provincias de Los Santos y Herrera y los tocadores y bailadores de Ocú constituyen el plato fuerte de tales números del programa. Entran también, aunque en menor cantidad, ejecutantes de cierta parte de la provincia de Veraguas y otra de la provincia de Coclé. Pero la verdadera razón para haber tomado como cuseña el nombre de la mejorana es el hecho de que tal diversión reviste en toda la comarca el valor de un deleite ritual, quizás la distracción más difundida y enraizada en la vida y en la psicología colectivas. Se le tiene como lo más delicado, ingenioso y expresivo, lo más difícil también y en fin, lo más bello. Se le considera, y no existe duda alguna de ello que es un elemento exclusivamente originario de la región, y tiene allí realmente el valor de un símbolo. Pero, lo repetimos, el certamen de Guararé no es solo de Mejorana.

Como decíamos antes, allí se presentan casi todas las manifestaciones del folklore regional, como las danzas de diablos, de parrampanes, montezumas, pajarillas, tunas, tamboritos etc., y además se representan hechos y costumbres, como las "luchas" y juegos, lances de esgrima campesina, juntas, peonadas, escenas sociales, cabalgatas y muchas otras demostraciones. La apoteosis del Festival se verifica como el último número del programa "oficial", y consiste en el desfile típico. Unas treinta carretas, nativas, tiradas por escogidas parejas de bueyes, debidamente decoradas con motivos de la región, desfilan llevando una preciosa carga de dami-
tas bellamente empolferadas, al son de alegres conjuntos musicales y vocales. Preside el cortejo la carreta real y acompañan también numerosas comparsas a pie, como los grupos ya mencionados y además equipos artesanales, profesionales, escolares, etc., todos con vistosas indumentarias

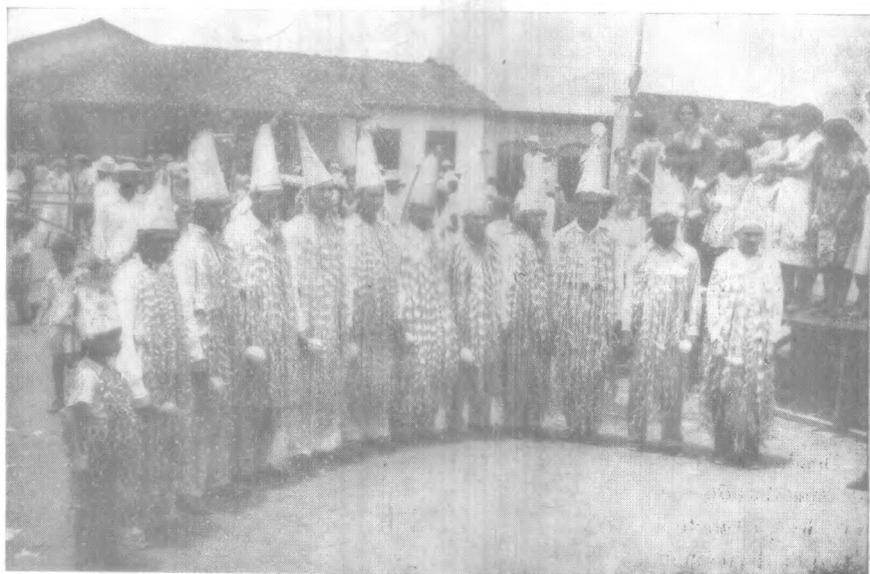


"La Muerte del Cangrejo". Grupo de danzadores.

y bailando sus danzas particulares. En conjunto, el desfile es realmente un himno a la alegría diáfana del campo y a sus enraizados habitantes.

Pero la fiesta no termina con el desfile. Después de éste, y ya fuera de programa, los regocijos populares continúan: bailes típicos (no hay ni un solo baile de gala), cantaderas en porfía, "gritaderas", tunas imprevistas, corridas de toros, etc., actividades en las cuales todos los visitantes tienen el derecho de participar a sus anchas. En esos días, naturalmente, abundan la buhonería, las ventas de vituallas, y con todo ello, la muchedumbre venida de los más apartados rincones del país, constituye un espectáculo realmente brillante y simpático. Bueno es anotar aquí, como hecho saliente, que durante todos estos festivales, el consumo de licor ha sido relativamente moderado y que la conducta de las muchedumbres de visitantes y participantes ha sido siempre digna de la más encomiable corrección. Las riñas, pependencias y hasta las muertes que solían ocurrir en las fiestas de antaño, han sido proscritas. Tales resultados se cargan a la influencia cultural de los espectáculos y a la actitud hospitalaria y sumamente culta de anfitriones y concurrentes.

El Festival de Guararé, con todo y ser hoy una lograda realización, es sobre todo una idea. Es un proyecto que pretende desarrollarse y cubrir un campo mucho más vasto, según el pensamiento de sus organizadores. Se aspira a que en el futuro, mediante mayores recursos, pueda reunirse allí lo más saliente y bello del folklore nacional. Se espera un día poder llevar a Guararé delegaciones de todas las provincias y de todos los grupos étnicos, incluyendo los grupos de color y las minorías indígenas auténticas. Se proyecta verificar paralelamente exposiciones y ferias de artesanía popular. Ya se ha iniciado y se pretende ensanchar la participación de las escuelas primarias, secundarias y universitarias. Se piensa que el gran certamen sea aprovechado por gentes de estudio y artistas cultos a fin de que sea él un motivo no solo de recreación sino de investigación sociológica y científica. Queremos que se le considere un día como la Meca de la tradición panameña, considerada ésta desde el punto de vista de la cultura tradicional a la vez que de la recreación genuinamente panameña. Es un hecho que el Festival constituye hoy un motivo generador para que, durante su preparación y verificación, toda la prensa, la radio, los centros culturales, las agencias turísticas y el pueblo todo en el país, se ocupen en primer plano del tema nativo, de la idea de lo panameño, del contenido cultural autóctono. La gran masa de campesinos participantes y espectadores se ha hecho ya consciente y se siente orgullosa de su patrimonio espiritual representado en la tradición y en el fervor y destreza con que lo cultiva. Lo que ya se ha logrado y lo que se espera, prueba que se trata, realmente, de una idea maravillosa

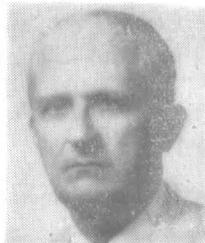


Grupo de "La Pajarilla". Danza Sagrada, oriunda de San José, Las Tablas.

que puede y debe llegar lejos y hondo en el afianzamiento de la personalidad de la nación, en la formación de una consciencia de la auténtica panameñidad.

* * *

Manuel F. Zárate, panameño. Maestro de Enseñanza Primaria, Instituto Nacional; Ing. Químico, Instituto de Química, Universidad de París; Post-graduado, Instituto Pasteur, París; Ex-Director de Laboratorios Químicos del Estado; Ex-Superintendente del Hospital Santo Tomás; Profesor de Química de la Universidad, desde su fundación en 1935.



A más de la labor profesional y de enseñanza, de publicidad y divulgación científica (asistiendo a congresos y otras reuniones internacionales), ha laborado extensamente en la investigación y difusión del conocimiento y cultivo de las tradiciones nacionales. Ha publicado numerosos trabajos y ensayos sobre folklore. En colaboración con su esposa, la profesora Dora de Zárate, es autor de la obra "La Décima y la Copla en Panamá", y pronto a aparecer se haya "Breviario de Folklore". Se le debe la idea del gran festival folklórico de la Mejorana, a que se refiere el presente artículo.